

J A Z Z: Amor a primera vista

Su adicción por la música “que parece un ruido” lo llevaría con los años a crear Diógenes Tonel Bar, un islote para el jazz y el bossanova en la Medellín de los ochenta y primeros noventa. Confesiones de un insaciable.

Luis Alberto Arango Puerta

¿Cómo llegó mi amor por el jazz?

¡Averígüelo Vargas! Esta es la frase precisa para el nosé.

Nacemos y criamos una interna estructura –gusto, diría mejor– musical, porque sí. Por aquello de la subjetividad, la música toca fibras en cada uno que sería pérdida de tiempo explorar.

Y el jazz, desde muy temprana edad, y en una época en donde en nuestra pequeña aldea, el Medellín de los años sesenta, tomó asiento en mi gusto musical. Si se me hiciera una pregunta a quemarropa, ¿por qué?, me atrevería a responder: por la sensualidad, la improvisación que campea en sus composiciones, en una palabra: por lo atípico. No es una música de multitudes, no es lo suficientemente popular, y, yo diría, fácil. Aún recuerdo una expresión de mi padre cuando en mi casa empecé a trajinar el jazz: ¡Esa música parece un ruido!

Pocos recuerdan todavía a un personaje singular de nuestra ciudad, que fungía como jefe de relaciones públicas del Colombo Americano,



Cortázar. Collage de Juliana Arango Álvarez.

Aldemar Betancur, quien tuvo la osadía, la idea de realizar allí, cada miércoles, a las siete de la noche, audiciones de música jazz, a las que sin ninguna duda decidí asistir para solazarme y obtener conocimiento y deleite con esos sonidos del país del Tío Sam.

Con los primeros ahorros de estudiante adolescente compré mi iniciático disco Long Play, que aún conservo, y que se llama **Off Beat**, de Don Lamond y su orquesta, un delicioso acetato que en aquella época hacía gala de su estupenda percusión.

Aquella (para mis familiares y amigos) extraña afición me proporcionó unas amistades cómplices

extraordinarias. Amigos mucho mayores en edad, pero poseedores de materiales fonográficos estupendos, y con quienes empecé a usufructuar mi afición. Intercambiábamos, y, mejor aún, me prestaban verdaderas joyas. Así conocí a Louis Armstrong, las **big bands**, Artie Shaw, Benny Goodman, Tommy Dorsey y, tal vez, la que más he trajinado: Glenn Miller y su orquesta.

Lo mejor que me ha pasado con el jazz es que descubrí, desde hace muchos años, el poder terapéutico que tiene sobre mí su audición. Efectivamente, cuando las circunstancias de la vida me llevan a las aguas turbias, al desasosiego, a la tristeza, a



'El jazz en Colombia'. RCA Victor, 1967 (I)

la hartura, tengo el antídoto, la contra, la cura: el jazz. Inmediatamente las aguas encabritadas bajan, y el paciente se levanta del diván más liviano, despejado.

Y claro, se me fue volviendo entonces una adicción. Soy muy heterodoxo con la música; me gustan muchas: clásica, popular, colombiana andina y tropical, brasilera, y un mosaico de perlas: algo de tango, ranchera, rock, en fin, como un pequeño lago de sonidos que agradan mis oídos y mi espíritu. Pero mi línea melódica preferida es, definitivamente, el jazz. En cambio, no soy aficionado del blues, familia raizal e íntima del primero. Al lado del jazz, me parece monótono, aunque hay bellas piezas, pienso en B.B. King. Leía que lo dijo Leonard Feather, "el blues es la esencia del jazz".

En los años sesenta, cuando la música brasilera, el samba, la bossa

nova, infectó a los músicos de jazz (ejemplo clarísimo es Stan Getz), mi alegría fue superlativa. Decíamos que era el jazz latino. Esto lo incrustó más en el gusto popular, lo hizo menos elitista. Aunque sostengo que lo seguirá siendo, como decía el poeta Juan Ramón Jiménez, "para la inmensa minoría".

Las voces, femeninas y masculinas, ¡qué abanico! Sin hablar de las orquestas, las Big Bands, los solistas en cada instrumento. El mar de la síncopa, la improvisación, el baile, la sensualidad, el arrebató, la lentitud, todo cabe.

De la memoria arbitraria uno puede ir tomando nombres y temas que lo han marcado, como si se abriera una enciclopedia del jazz al desgaire:

La primera entrada me muestra la versión inolvidable de Miles Davis de *Las hojas muertas*, que me hizo surgir un poema. *Mack the knife*, en

la interpretación de Ella Fitzgerald. *Take the 'A' train*, de Duke Ellington; y *Take Five*, de David Brubeck y su quinteto.

Quisiera, como cuando fui disquero y "tabernícola", hacer programaciones, compilaciones de mis preferidos surcos discográficos. La enumeración sería vastísima porque la huella de tantos temas ha horadado alrededor de mis cortezas de piel, cerebro y corazón. ¿Cuántas versiones se conocen de *Summertime*, de *Body and Soul*, de *Beguine The Beguine*?

Tuve una preciosa taberna en el centro de la ciudad –Diógenes Tonel Bar– durante ocho años, que conservó una característica: la música que sonaba, casi en su totalidad, era justamente jazz y sonos brasileros (lo que llamábamos jazz latino). Por allí desfilaron los sonidos de todos los grandes, desde Scott Joplin y su *Entertainer*, Glenn Miller y su *Moonlight Serenade*, *I Love Jazz*, de Armstrong; *Love Me or Leave Me*, de Nina Simone; *Blue Moon*, en la cadencia de Billie Holiday, y todo el ejército de negros y blancos desperdigando baterías, saxofones, trompetas, bajos, clarinetes, *scat* (esa difícil improvisación vocal), trombones y coreografías que recreamos en nuestras mentes, pieles y euforia.

Suelo, hace muchísimos años, tener en mi oficina, la de turno, música, mientras ejerzo mis ocupaciones. Y



Folleto-álbum. Vampire Records, Laboratorios Frankenstein, Zinescape - El cuarto de la música, Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 1992.

desde un principio elegí que lo que sonaría en el recinto sería música clásica y jazz. De este último me di a la tarea de buscar, en el dial de radio, las emisoras culturales, que suelen ser las universitarias y alguna otra. Pues encontré en la pesquisa que podía oír cinco programas de jazz y en los intermedios música clásica. ¡Cinco programas de jazz diarios! He ahí mi embeleco. Como una medicación diaria. Mi diván permanente.

Luis Alberto Arango Puerta. Medellín, 1947. Administrador, disquero, "tabernícola" y librero, su oficio más persistente y feliz. Fue columnista del desaparecido periódico Bajo Techo. Artículos suyos han sido publicados en el suplemento Generación de El Colombiano, en El Tiempo y El Mundo. Sus libros: *un A-Z, Desorden Alfabético* (2012); *un poemario, Antología Bisiesta* (2015); y un libro de relatos, *Una razón suficiente* (2018). Desde hace diecisiete años es el socio administrador de la librería Palinuro, de Medellín.